

El poeta de noventa años

Gabriel Ramírez Aznar

Rara vez habló de su vida en la Mérida de los cincuenta. Mucho menos de sus correrías por el barrio de su origen, el bravo y marginado de San Sebastián. Y es que si no pudo identificarse por completo con aquella Mérida, mucho menos con la otra, con la de enfrente. Los recuerdos, como para probar su estancia conflictiva, vendrían mucho más tarde. Ornamentados, como era de rigor.

De estatura más bien pequeña y frágil, el adolescente sólo y serio, fiel a sus fantasías, supo mantenerse lejos de las groserías y vulgaridades. Extraño, pertenecía a otro mundo, lejos de allí y si de ganarse la vida se trataba, lo hizo como pudo. Al igual que otros miles lo hicieron en la pobre y retrógrada Mérida de los fracasados y derrotados. De quedar atrapado, el precio a pagar hubiera sido la despersonalización. Sin embargo, él se salvó del derrumbe.

Al abordar el dichoso Emancipación no sabía quién era pero sí tenía una certeza: al exiliarse ya era un poeta. Era ya una voz, no importaba que tan verde fuera. La evidencia de su

presencia demoró, pero si algo le sobraba era paciencia y tiempo. Como muchos escritores y poetas entonces (y la lista sorprendería), su período de formación lo compartió en el sitio más inadecuado y menos soñado: el mundito publicitario de los *Mad Men* piosos, donde se prohibía hastiarse y amargarse. Fiel a sus maneras austeras, observó las reglas y guardó compostura. En medio de esos malabares y tristes trajines hizo el poeta su obra. Una obra larga cuya maduración duraría más de medio siglo.

Se pierde en el tiempo y la memoria el día y la ocasión que le conocí. No fue en la Mérida que los dos vivimos una época sin llegar a vernos, pero en el lugar que fuera, resultó una casualidad feliz: lo ocurrido hace más de cincuenta años fue esa rareza del inicio de una amistad que el tiempo pareció detener para siempre.

Imagen primera y última del apacible y retraído Raúl Renán con su apariencia de normalidad y maneras de cortesía antigua, su sonrisa no sé si de satisfacción o de placidez maya. Sus apariciones periódicas,




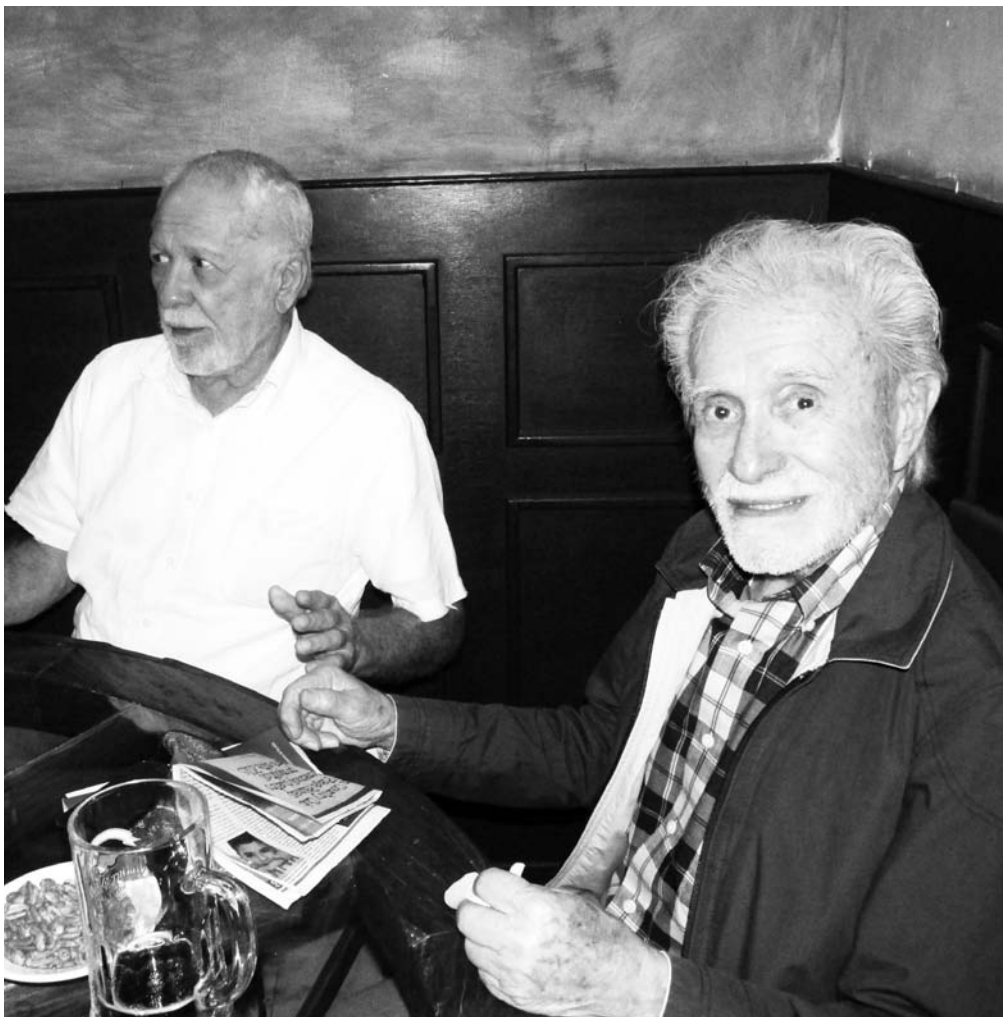
esos regresos anuales que ayudaban a fortalecer una relación despreocupada, relajada y nada solemne donde podía ser él mismo sin tratar de ser otro.

Lo otro era lo que Renán sabía antes de él saberlo. Lo que nadie mejor que el propio Raúl podía definir: el intricado y misterioso beneficio de ser un poeta y un maestro abierto, humilde y atento. El escritor de versos en una constante búsqueda que era también un desafío ante lo que

encontraba y lo que no. Sobre todo, hacerlo con el instinto de que saber y decir no bastaba, sino cómo decirlo. Que importaba tanto lo que se decía como lo que no se decía. El cómo hablar de las emociones pequeñas y de las otras.

Sólo él pudo saber si lo supo hacer: después de todo, tenía noventa años de ser poeta.

Ahora, tras su muerte, será en su poesía que comenzará su verdadera vida. 



Raúl Renán y Gabriel Ramírez Aznar, Mérida, Yucatán, 2015.